

ADORACIÓN, ES UN ACTO DE
SUMISIÓN A DIOS



ADORACIÓN, ES UN ACTO DE SUMISIÓN A DIOS

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

<https://www.facebook.com/eresbautizado>

49260

VISITAS PARA ESCUCHAR LOS LIBROS POR INTERNET

TOTAL DE EJEMPLARES 865,000 REGALADOS

173 LIBROS

TOTAL DE VISITAS 49,260 Y LIBROS REGALADOS 865,000 = 914,260

Primera Edición

JULIO 2017

5,000 Ejemplares

ADORACIÓN, ES UN ACTO DE SUMISIÓN A DIOS



Adorar al Señor también implica, en sí mismo, un acto voluntario de sumisión y sometimiento a Dios, así como de reconocimiento de su absoluto señorío, sobre todo; e incluso, sobre nuestras propias vidas. Al adorarle así, entregamos a Él nuestra voluntad y nuestros deseos, conjuntamente con todo nuestro ser.

Igualmente, le estamos cediendo, voluntariamente, el trono de nuestro corazón, para que sea Él quien reine sobre nuestras vidas. Por eso, la adoración al Señor ha de ser entregada en una actitud de humildad verdadera.

Un encuentro de adoración con nuestro Dios involucra, además, una sumisión real de nuestra parte; en donde nuestro “yo” “desaparece” y queda reducido "a nada", ya que al adorarle reconocemos el Señorío y Majestad de Dios.

En la adoración a Dios rendimos y sometemos en obediencia todo nuestro ser a Él: cuerpo, alma y espíritu. Y más allá de un acto de sometimiento, la adoración a Dios es un acto de entrega de nosotros mismos al Señor.

Por eso, con nuestro ego y orgullo humanos crucificados, con nuestro ser entero “derramado” ante sus pies en adoración, es



que ocurre un encuentro, sin obstáculos entre nosotros y Dios.

Es que Dios mismo llega así a reunirse con sus hijos, en la adoración; y es allí cuando Dios viene a hablarnos. Recordemos que Dios atiende al sencillo y humilde de corazón.

“Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice Dios; pero miraré a



aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”

"Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional."

La adoración está reservada sólo a Dios. Sólo Él es digno y no cualquiera de sus siervos. La



palabra adorar en su etimología significa, hablar hacia Dios o a Dios.

Adorar, según un diccionario, significa rendir culto a alguien o a algo que se considera como Divinidad o que está relacionado con ella; según otro diccionario adorar es reverenciar y honrar a Dios con un culto religioso. Por tanto, adorar es un acto de culto espiritual a Dios.

El Espíritu Santo, la promesa de Cristo para con sus discípulos, debe morar en el verdadero adorador para guiarlo por el camino correcto y adorar a Dios de manera genuina en Jesucristo; pues el Espíritu de la verdad es enviado por Jesús.

Jesús por tanto nos ha dicho a quién y cómo adorar. Adorar a Dios equivale a rendirle un culto espiritual.

Ofrezcan sus cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios: Tal será nuestro culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de nuestra mente, de forma que puedan distinguir lo que es la Voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto”.

¿Qué motivación tenemos para adorar a Dios? su misericordia nos mueve a adorarlo. Es saber que Dios nos ha creado; y, si nos ha creado, lo ha hecho por amor; Él es nuestro



Dueño. Adorar a Dios es darnos cuenta de que dependemos totalmente de Él.

Tener conciencia de la misericordia divina y tratar de comprenderla nos motiva a la alabanza y a la acción de gracias, en otras palabras, a la adoración.

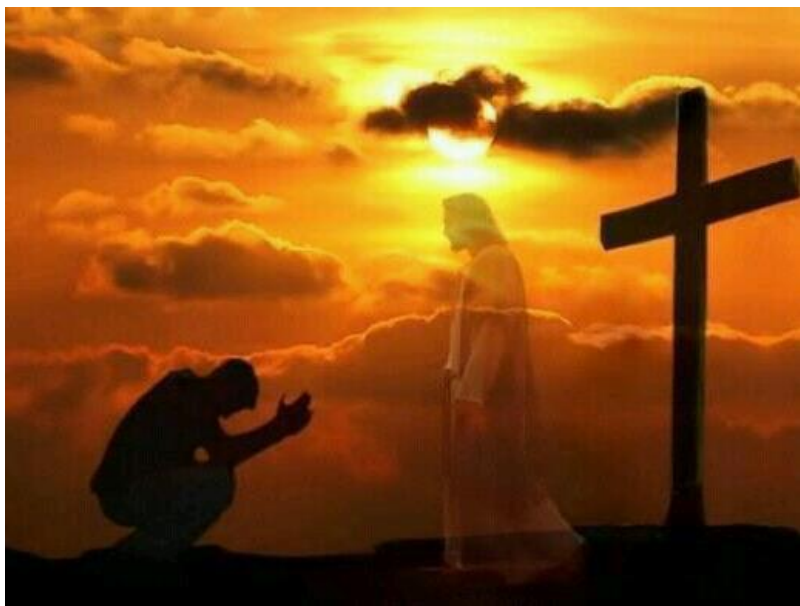
Como Dios nos ama, nosotros le queremos amar, le queremos adorar. ¿Pero en qué forma? Ofreciéndole nuestros cuerpos “como una víctima viva, santa, agradable a Dios”.



El ofrecimiento de nuestros cuerpos o de todo nuestro ser a Dios, significa darle a Dios todo de nosotros mismos; en definitiva, cederle a Dios el control de nuestra vida.

Para Jesús, el dar la vida es signo de amor. Ofrecernos, darnos o entregarnos a Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente es hacer un sacrificio vivo, santo y agradable a Él. Este es nuestro culto espiritual.

Para que nuestro culto espiritual a Dios sea auténtico, verdadero, y agradable a Él, debemos hacerlo con una mente renovada; y



esto se logra a través de un proceso constante de conversión.

La conversión, que es expresión de fe y que nace de la humildad, nos motiva a inclinarnos, arrodillarnos, postrarnos ante Dios, y hacerlo ante su presencia en la Eucaristía donde está su Sangre y su Cuerpo presente

Eso significa sentirnos infinitamente inferiores a Dios, que dependemos de Él, que Él es



nuestro Creador y Señor. Significa rendirnos ante Dios, reconocernos dependientes de Él en todo.

Adoramos a Dios en la medida en que vamos renovando nuestra mente a la luz de la verdad, de la verdad de Cristo. El esfuerzo por tener y mantener nuestra mente renovada, purificada, limpia, incluso integrando las emociones, nos permitirá adorar a Dios sin ataduras.



La mente renovada se traducirá concretando la voluntad de Dios, haciendo “lo bueno, lo agradable, lo perfecto”. “Y todo lo que puedan decir o hacer, háganlo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él”.

Es lo que también nos dice Jesús: “Adorarás al Señor tu Dios y a Él sólo servirás”. ¿Cuándo?



Siempre: en
todo
momento y
lugar. Y
sabemos que
Dios lo que
desea para

nosotros es nuestro mayor bien; por tanto, su voluntad será siempre lo mejor para nosotros.

La verdadera adoración se siente por dentro, y se expresa a través de nuestras acciones momento tras momento.

La adoración a Dios es reconocerle toda su omnipotencia y gloria en todo lo que hacemos. La adoración es para glorificar y exaltar a Dios y mantenerle nuestra lealtad.

La forma más elevada de la alabanza y de la adoración es la obediencia constante a Él y a su Palabra.

ORACIÓN

Jesús mío, creo que Tú éstas realmente presente en el Santísimo Sacramento; Te amo sobre todas las cosas y deseo ardientemente recibirte ahora dentro de mi alma; ya que no te puedo recibir sacramentalmente, ven al menos espiritualmente a mi corazón.

Señor, no soy digno ni merezco que entres en mi pobre morada, pero di una sola palabra y mi alma será sana, salva y perdonada.

El Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, guarden mi alma para la Vida eterna.

Te abrazo y me uno todo a Ti. ¡Oh Señor!, no permitas que jamás me separe de Ti. Tú, no te ausentes de mí.

Te suplico, oh Señor mío Jesucristo, que la ardiente y dulce fuerza de tu amor, embargue toda mi alma, a fin de que muera de amor por Ti, así como Tú te dignaste morir de amor por mí.

AMÉN.

